

La dama en el autor de tanto engaño,  
Que hácia ella en esto paso á paso viene.  
A medida que él llega ella se aleja,  
Cuando un rumor extraño  
Llenos de admiracion á todos deja;  
Mas, ántes de decir cual fué su causa,  
Permitidme, señor, haga una pausa.

## CANTO IV.

Anillo mágico. — Caballo atado. — Escudo portentoso. — Palacio encantado. — Bradamante da libertad á Roger, y prende a mago Atlante. — Roger monta en el Hipogrifo y desaparece por los aires. — Congoja de Bradamante. — Llega Reinaldo á Escocia. — Principia la historia de la bella Ginebra.

Bien que, de un alma falsa siendo indicio,  
Siempre el fingir fué reputado vicio,  
Mas de una vez se vido  
Haber bienes inmensos producido.  
Odios, injurias, muertes ha evitado;  
Que, en este mundo de ambicion é intriga,  
No nos es siempre dado  
Con amigos hablar; y si sucede,  
Después de larga prueba y gran fatiga,  
Que apenas uno fiel hallarse puede  
A quien, sin riesgo y sin temor, se diga  
Del corazón el íntimo secreto,  
¿Porqué no ha de ser lícito á la amiga  
Del buen Roger que la verdad reboce  
Al impostor cuya maldad conoce?

« ¡Oh Virgen santa! ¡Eterno Dios! ¿qué es esto?»  
Estremecida exclama,  
Oyendo un grande estrépito, la dama.  
Y hácia el paraje, presto,  
Do lo escucha acudiendo, ve cubiertas  
La calle, las ventanas y las puertas

De gente que la vista al firmamento  
Tiende y contempla extática un portento.  
Alzala ella también, y un caballero  
Cubierto de armas refulgentes mira,  
Sobre un bridon lijero  
Que, sus pintadas alas agitando,  
Hácia el ocaso con presteza gira.

« Ese es, » dijo el patron cuando á su vista  
Hubo desaparecido en las montañas,  
« Un viejo, á cuyas mañas  
« No hay poder en la tierra que resista.  
« El aire, agora en elevado vuelo,  
« Se le mira cruzar; ora, del cielo  
« Veloz bajando á la terrestre esfera  
« De cuantas bellas halla se apodera.  
« Dama no hay pues alguna que de bella,  
« Con razon ó sin ella,  
« Presuma (¿ y cuál no tiene esta jactancia? ),  
« Que ose salir de la paterna estancia.  
« Encima del Pirene construido  
« Fué este alcázar por magia y por encanto,  
« Y el metal de sus muros luce tanto  
« Que resplandor igual jamas se vido.  
« Allá, señor, han ido  
« Muchos guerreros ya; no viendo empero  
« A ninguno volver, temblando infiero  
« Que, de su audacia en pago,  
« Los haya muerto ó cautivado el mago. »

La virgen le oye atenta,  
Y ansiosa de ser dueña del anillo  
Con que lanzar intenta  
Al nigromante del fatal castillo,  
Dice al patron: « Si entre tus gentes se halla  
« Quien conozca el camino que allí guía,  
« Conmigo venga, que trabar batalla  
« Con ese monstruo mi valor ansia. »  
— « Yo te acompañaré, dice Brunelo.  
« A mostrarte la ruta, que conmigo



« Traigo trazada en un papel, me obligo,  
« Y á hablarte, entre mil cosas, de una cosa  
« Que nuestra marcha hará ménos penosa. »

Del anillo á hablar va; mas en su labio  
Su importante secreto el miedo sella.  
Su ofrecimiento acepta la doncella,  
Y, atenta sus palabras mesurando,  
Lo que conviene revelar revela,  
Y oculta con cautela

Lo que cumple ocultar. Un bruto hermoso,  
Hecho al trabajo y de la guerra al arte,  
Al huésped compra y parte,  
Del pérfido Brunelo en compañía,  
Al primer rayo del siguiente dia.

De selva en selva y de uno en otro monte,  
Llegan á do la altura del Pirene  
Muestra, á no estar turbado el horizonte,  
De España y Francia á un tiempo las arenas,  
Cual á la vez, desde su cumbre cana,  
Las playas de Toscana  
Muestra Apenino y las del Adria esclavo.  
Por áspera, tortuosa y larga via  
A un valle desde allí se descendia.

En medio dél, sobre un peñon, descuella  
Magnifico palacio  
Que eleva en el espacio

Fúlgidas torres de estructura bella.  
« De esa estancia en los ámbitos oscuros, »  
Dice Brunelo, « es donde el mago impio  
« Encierra á la beldad, oprime al brio. »

Son cuatro tajos sus lucientes muros.  
Sendero alguno no se ve, ni escalas  
Que conduzcan allí. Solo con alas  
Del monstruo en la alta peña  
Es dado penetrar. De hacerse dueña  
Del castillo, llegado ya el instante  
Estima Bradamante;  
Pero, temiendo amancillar su gloria

Con tan fácil victoria,  
Mientras que puede conseguir su objeto  
Sin derramar la sangre del malvado,  
Llegase á él, le coge descuidado,  
Y, el anillo quitándole, á un abeto  
Sus manos ata. Sorda á sus lamentos,  
Del monte luego baja á pasos lentos  
Hasta el pié de la roca  
Do estriban del castillo los cimientos.

El cuerno entónces toca  
Que al nigromante á combatir provoca;  
« Baja, le grita, que tu saña impía,  
« Monstruo feroz, mi espada desafia. »  
Estos sonidos escuchando el mago,  
De sus guaridas en salir no tarda,  
Y, en su corcel surcando el aire vago,  
A la virgen gallarda  
Arremete. Ella impávida le aguarda,  
Y, con placer y con sorpresa, nota  
Que arma alguna no trae con que pueda  
Penetrar el acero de su cota.

Cubierto trae de encarnada seda  
Él en su izquierda el portentoso escudo,  
Y en su derecha el libro, en que leyendo,  
Tanto encanto obró ya, tan estupendo.

De una yegua y de un grifo  
Allá naciera en los Rifeos montes  
El bruto extraño en que montado viene.  
Su nombre es Hipogrifo;  
En las garras, la pluma y la cabeza  
Se asemeja á su padre;  
Lo restante del cuerpo es de su madre.

Por fuerza y por encanto,  
Trájolo el mago de su clima frio,  
Y puso en domeñarle esmero tanto,  
Que en un mes consiguió que, á su albedrio,  
Girase por la tierra y por el viento;  
Siendo acaso esta en él la única cosa



Que no fuese ficcion ó encantamiento.

Pero su ciencia, que á la vista humana  
Trueca lo blanco en rojo ó amarillo,  
Contra la bella virgen hoy es vana,  
Que el antidoto lleva en el anillo,  
Y que, el cauto consejo  
De la sagaz Melisa recordando,  
Se ensaya de su lanza en el manejo,  
Y, á su ardiente corcel ejercitando,  
La espada esgrime y lucha y forcejea,  
Cual si se hallara en áspera pelea.

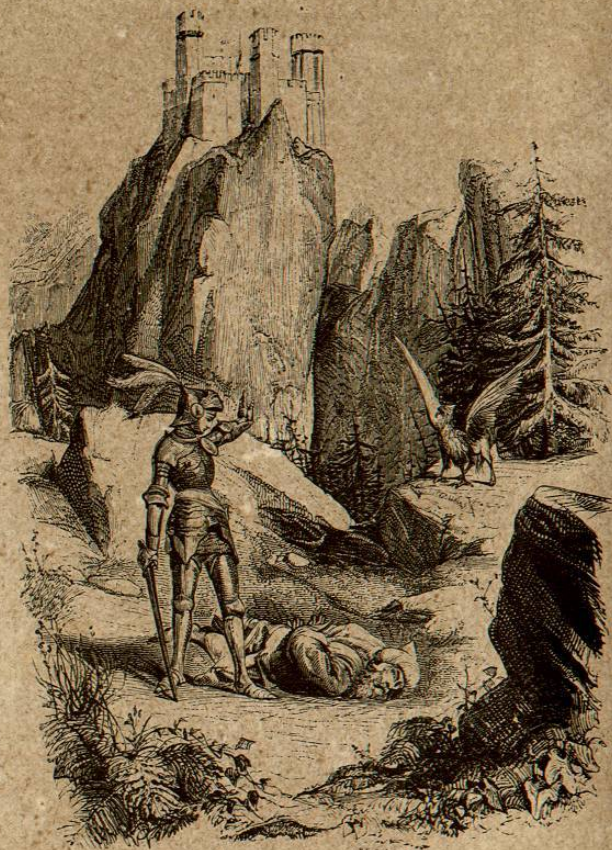
Llegando en esto, el fiero nigromante  
Saca el mágico escudo,  
No dudando ofuscar á Bradamante;  
Hacer lo mismo desde luego pudo  
Con todos sus contrarios;  
Mas siempre, ántes de obrar este portento,  
En ver su ardor gozábase un momento,  
Cuál, ántes de ser victima del gato,  
Suele el raton ser su juguete un rato.

De la virgen, empero,  
Tal la suerte no fué. Con grande esmero  
Su plan oculta al viejo fementido,  
Y, al mirar el broquel sin su cubierta,  
En ademan fingido,  
Sobre el suelo se arroja como muerta.

Surtió su ardid el deseado efecto;  
Pues, realizar creyendo su proyecto,  
El mago en su corcel los aires hiende,  
Al suelo salta, y, al arzon colgando  
El encubierto escudo, en tierra pone  
El volúmen infando,  
Y á atacar á la virgen se dispone.

Cual, tras un matorral, oculto lobo  
Suele acechar descarriada oveja,  
Le acechaba la virgen impaciente.  
Al verle cerca, se alza, lo derriba,  
Y, sus miembros atando fuertemente





Atlante vencido por Bradamante. (T. I, p. 51.)

Con la misma cadena con que él iba  
 Los de ella á sujetar segun su usanza,  
 Con victoriosa mano  
 Se dispone á cortarle la cabeza;  
 Mas, piadosa, suspende su venganza,  
 Al contemplar un venerable anciano,  
 Pálido, débil, triste y abatido  
 Que, en su semblante y su cabello cano,  
 Setenta eneros muestra haber cumplido.

« Dame, oh jóven, por Dios, la muerte dame, »  
 El viejo grita con lenguaje altivo;  
 Mas ella tiene en conservarle vivo  
 Cuanto empeño en morir tiene el infame.  
 Saber quién es desea y con qué objeto  
 Fundó su alcázar en aquel paraje  
 Tan estéril, recóndito y salvaje.

« No maligna intencion, » dice llorando  
 El viejo encantador, « ese edificio  
 Me indujo á construir. Nada codicio  
 « Para mi; si hice mal, hicelo solo  
 « Por la vida y la fama  
 « Del paladin mas noble y esforzado  
 « Que, de uno al otro polo,  
 « Ve en su carrera el sol. Roger se llama;  
 « Por mi desde su infancia fué criado.  
 « Por su fiero destino,

« Atlante soy; mi amor por él, mi anhelo  
 « De libertarle de su adversa suerte  
 « A fundar me movieron ese alcázar,  
 « Donde preso esperé con él hoy verte  
 « Y con otros ilustres paladines  
 « Y damas que, de todos los confines  
 « Del orbe, hácia este atraje



« Por alegrar su soledad. Excepto  
 « La libertad, linaje  
 « De gozo no hay, ventura no hay alguna  
 « Que esa feliz morada no reuna.  
 « Y qué, ¿tan dulce vida  
 « Pretenderás turbar con tu venida?  
 « ¡Ah! si no es ménos que tu rostro bello  
 « Tu corazon, no de Roger me impida  
 « La dicha hacer en que mi dicha sello.  
 « Mi escudo, mi bridon, si te acomoda,  
 « Toma; si amigos en mi alcázar tienes,  
 « Da libertad á dos, á tres, á toda  
 « La gente que hay en él; mas no me llenes,  
 « Llevándote á Roger, de eterno duelo.  
 « Antes, antes tu brazo  
 « De mi alma y de mi cuerpo corte el lazo.  
 — « Romper los de Roger, dice la dama,  
 « La sola causa fué de mi venida;  
 « En vano pues mi compasion imploras.  
 « ¡Qué! ¿por ventura ignoras  
 « Que ese caballo, tu broquel, tu vida  
 « Estan en mi poder? ¿Cómo supones  
 « Que aun cuando tuyos fueran todavía,  
 « En dejar yo penar en tus prisiones  
 « Al valiente Roger consentiria?  
 « No; si los cielos su infelice suerte  
 « Ya te han predicho, en vano  
 « A su querer intentas oponerte.  
 « No me supliques pues, mísero anciano,  
 « Que la vida te quite; un alma fuerte  
 « A su brazo encomienda tal encargo,  
 « Y hacerlo puedes tú, luego que abiertas  
 « De tu palacio me hagas ver las puertas. »  
 Dice, y hácia la roca  
 Viendo al anciano que sus pasos guia,  
 Cerca dél se coloca,  
 Que de su abatimiento no se fia.  
 Juntos llegan en breve á do en la peña

UNIVERSIDAD DE MADRID 1898  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 INSTITUTO DE HISTORIA





Reinaldo y Dalinda delante la ciudad de San Andrés. (T. I, p. 53.)

Una hendidura el mágico le enseña,  
Y en ella entrando, la escalera mira  
Que hasta la puerta del palacio gira.

Vese, cabe esta puerta,  
Una losa de ignotos caracteres  
Y de extrañas imágenes cubierta.

Álzala el mago, y luego,  
Unos vasos quebrando  
Que debajo se hallaban y en los cuales  
Oculto ardia inextinguible fuego,  
Sus lazos rompe cual romper sus redes  
Suele tal vez pintado jilguerillo,  
Y con él del castillo

Desparecen las torres y paredes.

Libre, pues, en el campo, en este instante  
Se ve cuanta beldad, cuanto caudillo  
Allí gemia, y mas de uno hay que pena  
Siente al dejar esta morada amena.

Allí Prasildo estaba, noble jóven  
Que vino con Reinaldo del Levante;  
Su amigo Iroldo está con él. Gradaso  
Se halla tambien allí, y el rey circaso.  
La bella Bradamante

Ve en fin á su Roger, que, de amor ciego,  
Viene á lanzarse entre sus brazos luego,  
Con toda la violencia con que late  
Su corazon desde que, en un combate,  
Por salvarle la vida,  
Fué en la frente la virgen mal herida.

Largo de contar fuera como y cuando,  
Noche y dia por hórrida espesura  
Vagaron, sin hallarse, á la ventura.

Hoy que juntos se ven, y, no ignorando  
A quien debe el remedio de sus males,  
En júbilo el guerrero rebosando,  
Se juzga el mas feliz de los mortales.  
Con ella luego descendiendo al valle,  
Testigo de su triunfo, al Hipogrifo



Vió que al arzon colgado todavía  
El escudo del mágico tenía.

Por cogerle del freno  
La dama va; mas, cuando cerca llega,  
Sus alas él despliega  
Y va á pararse en medio á la colina.  
En seguirle se obstina

La hermosa virgen: mas se obstina en vano;  
Que así, con su incesante movimiento,  
Frustra su vivo afán el monstruo alado,  
Cual, girando del uno al otro lado,  
Frustra el del can atento

Corneja astuta. Por distinto rumbo  
Parten Roger, Gradaso, Sacripante  
Y los demás guerreros, el paraje  
Cada cual á ocupar donde suponen  
Mas presumible que Hipogrifo baje.

Luego que desde el monte al valle umbrío  
Hacer este les hizo mas de un viaje,  
Ante Roger apaciguó su brio.

Tan grande es el cariño que profesa  
Atlante al jóven, en quien mira un hijo,  
Que de pensar no cesa

Como salvarle de la suerte impía  
Que su fatal estrella le predijo.

Con este objeto al Hipogrifo envía  
Porque á climas remotos se lo lleve.

Su freno coge el héroe; mas, en breve,  
Viendo que en vano anhela

Conducirlo tras sí, del suyo salta,

Sobre Hipogrifo monta y con la espuela,  
Animando su ardor, su ijar esmalta.

Corre el monstruo al principio; mas, su vuelo  
Levantando despues, rápido surca  
Las regiones del aire y las del cielo.

La hermosa dama, que en peligro tanto  
Mira á Roger, se turba, se estremece,  
Recuerda con espanto

Que arrebatado fuera Ganimédes  
Del patrio imperio á las celestes sedes,  
Y tiembla por Roger, que en gallardía  
Con él y en gracia competir podría.

Ávida, con los ojos,  
Sigue al héroe; y, así que desaparece,  
Lo sigue el corazón lleno de enojos.  
Esta ilusión en fin se desvanece,

Y, prorumpiendo en doloroso llanto,  
A Frontino se acerca, y en él monta,  
Bien decidida á conservarlo en tanto  
Que volverlo á su dueño no consiga;  
Pues la dulce esperanza

De ver de nuevo á su Roger abriga.

Mas de Hipogrifo el impetu no alcanza  
A refrenar el héroe, que del llano  
El mas erguido monte

Intenta ya diferenciar en vano;

Y cuando, en fin, tan alto se levanta,  
Que en el espacio un átomo parece,  
Toma el rumbo que suele

Tomar el sol cuando á la mar se lanza,  
Y voga cual bajel á quien impele  
Brisa halagüeña en tiempo de bonanza.

A merced de los vientos, entre tanto,  
Surca Reinaldo el ponto embravecido,  
Que de bramar no cesa,

Y á la costa escocesa,  
Por las hinchadas olas impelido,  
Llega por fin. La selva

Descubre allí, cuyo recinto umbrío  
Testigo fué de tanta y tanta hazaña.

Vagan entre sus sombras caballeros  
Famosos por su esfuerzo y poderío,  
Que, desde el polo frío,

De Francia, de Germania y de Bretaña,  
A ejercitar vinieron sus aceros.

Quien gran valor en sí no sienta, el paso



No dirija á estas selvas,  
Honradas por Galaso,  
Tristan, Artus, Galbano, Lanzarote  
Y otros muchos guerreros, celebrados  
En romances antiguos y modernos,  
Cuyos nombres eternos  
En mil trofeos vivirán grabados.

Sus bellas armas, su corcel lijero  
Reinaldo ve; por la arenosa playa  
Su camino emprendiendo, al marinero  
Manda que á Wárich á aguardarle vaya.

Solo, sin escudero, incierto flota  
Por la selva, aventuras  
Solicito buscando, cuando nota  
En medio á la espesura una abadía,  
Que de su haber gran parte consumia  
En obsequiar las damas y guerreros  
Que, en torno della, erraban noche y día.

Grata acogida, en su recinto santo,  
Los religiosos á Reinaldo dieron,  
Y una espléndida mesa apercibieron,  
Adornada de cuanto  
Satisfacer pudiera su apetito.  
Satisfizolo; y, luego,  
Al abad preguntó donde se hallaban  
Los sitios bienhadados,  
En que dar rienda al belicoso fuego  
Pudieron tantos héroes esforzados.

El abad le asegura  
Que mas de una aventura,  
La selva recorriendo, hallar podria;  
Pero aventuras que, en su sombra densa,  
El velo del silencio envolveria.

« Piensa, prosigue, piensa  
« Que alto valor, eterna fama deben  
« De tus hazañas ser la recompensa.

« Y si dar de tu esfuerzo quieres muestra,  
« Una ocasion el cielo hoy te depara,

« Cual, ni en la edad antigua ni en la nuestra,  
« A paladin alguno deparara.  
« Del apoyo de tu ánimo y tu diestra  
« La princesa Ginebra hoy necesita  
« Contra un guerrero, cuya aleve lengua  
« De tal virtud no teme hablar en mengua.  
« Al rey este guerrero la ha acusado  
« (Por odio, mas que con razon, infiero)  
« De haber á media noche presenciado  
« Entrar en su aposento á un caballero.  
« Y es la ley en Escocia tan severa,  
« Que á morir en la hoguera  
« Condena á toda dama que acusada  
« Es de un deslíz, no siendo desposada,  
« A ménos que un guerrero  
« A desmentir al acusante venga,  
« Y, con él combatiendo, el trunfo obtenga.  
« Lleno el rey de dolor, la triste suerte  
« Preveyendo de su hija  
« Si de un mes en el término no se halla  
« Un paladin tan fuerte  
« Que en singular batalla  
« Venza al acusador, edictos fija  
« Por todas sus ciudades y castillos,  
« Su mano prometiendo y un estado  
« Al que (siendo de origen elevado)  
« A lidiar por Ginebra se presente,  
« Y haga á Lurcanio confesar que miente.  
« Y ademas que esta empresa  
« Es mas digna de tu ánimo y tu acero  
« Que cuantas halles por la selva espesa;  
« A mas que es del deber de un caballero  
« Amparar la virtud y la belleza,  
« La mayor que hay del Ganges al Ibero,  
« Y estados y riqueza  
« Y la amistad del rey y eterna gloria  
« Conseguirás, ganando esta victoria.»  
« — ¿Con que morir una doncella debe,»



Interrumpe Reinaldo,  
 « Porque de amor el dulce néctar bebe?  
 « Al que impuso y tolera tal castigo,  
 « Yo por siempre maldigo;  
 « La que ama muere, ¡y vivirá la ingrata  
 « Que al que la adora con desdenes mata!  
 « Que haya ó no la princesa cometido  
 « La falta que le imputan no decido,  
 « Ni si obró bien ó mal; bien que yo entiendo  
 « Que, escándalo no habiendo,  
 « Un mérito mas bien que un crimen sea  
 « A un amante otorgar lo que desea.  
 « Si el mismo afecto, con igual caricia,  
 « Ambos sexos impele á aquel suave  
 « Fin del amor, la celestial delicia,  
 « Que tiene el vulgo por delito grave,  
 « ¿No será la mas bárbara injusticia  
 « Que se permita al hombre que se alabe  
 « De aquello que á la dama  
 « Con la existencia hace perder la fama?  
 « ¡Oh ley funesta! que á abolir me obligo,  
 « Al vil acusador dando castigo,  
 « Si el cielo santo mi valor inflama. »  
 Los monjes convinieron en que poca  
 Del autor de esta ley  
 Fué la cordura, y que es culpable el rey  
 Que, pudiéndolo hacer, no la revoca.  
 Del sol apenas el fulgor primero,  
 Al nuevo dia, en el oriente asoma,  
 Sus armas, su bridon Reinaldo toma,  
 Y con un escudero,  
 Que los monjes le dan, parte lijero.  
 Por medio de la selva angosta via,  
 Ansioso de acortar, tomado habia,  
 Cuando una triste voz hiere su oido.  
 Hacia el paraje de do sale el ruido  
 Los dos bridones trotan  
 Agujados á un tiempo por sus dueños,

Que, en lo mas denso de la selva, notan  
 En grave apuro á una infeliz doncella.

A cada lado della,  
 Con el puñal alzado,  
 Un asesino está que, despiadado,  
 A sepultarlo va, con brazo aleve,  
 En el seno mas blanco que la nieve.

No bien la horrible cuita  
 De la doncella el paladin advierte,  
 El hierro clava á su caballo fuerte,  
 Y, amenazando, á los malvados grita.  
 Confusos ellos huyen á su vista;  
 Mas de seguir su pista  
 No se cura el guerrero. Otro cuidado  
 En este instante agitale y le ocupa.  
 De Bayardo en la grupa  
 Subir hace á la dama, y á su lado  
 Sigue luego el camino comenzado.

Bien que el temor de una cercana muerte  
 El rostro de la dama aun desfigura,  
 En admirar el paladin no tarda  
 Su presencia gallarda  
 Y sus modales llenos de finura.  
 Prendado dellos, de la triste suerte  
 Que la conduce allí la causa inquiere,  
 Y con voz triste, que interrumpe el llanto,  
 Ella entónces refiere  
 Lo que á narrar yo voy en otro canto.

### CANTO V.

Historia de Ginebra y Ariodante. — Reinaldo liberta de la muerte  
 á aquella princesa, hija del rey de Escocia; quita la vida al  
 duque de Albania, y obtiene los socorros que viene á pedir.

¡ Oh de natura fuerza seductora,  
 Que, con vínculo estrecho, á su hembra unes  
 Cuanto animal sobre la tierra mora!  
 Por tí, tranquila, en su salvaje choza,